

LA FE, PRINCIPIO Y FUNDAMENTO DE UNA EXISTENCIA PLENAMENTE HUMANA

NB. Me han pedido orientar los retiros de este curso retiros sobre las virtudes que estamos llamados a cultivar y testimoniar en nuestra sociedad como miembros de un Instituto Secular. No se trata de añorar el pasado y lamentarnos del presente, sino de dejarnos conducir por el Espíritu de la verdad y novedad. «No preguntes: "¿Por qué el pasado resulta mejor que el presente?" Eso no lo pregunta un sabio... En tiempo de prosperidad disfruta, en tiempo de adversidad reflexiona: Dios ha creado estos dos contrarios para que el hombre no pueda averiguar su porvenir». (Ecl 7, 10.13) San Agustín, meditando en la dificultades de su tiempo, decía: «En realidad juzgas que esos tiempos pasados son buenos, porque no son los tuyos».

He pensado dar comienzo a estas meditaciones por la virtud infusa de la fe. Ella constituye, según opino, el principio y fundamento de una existencia plenamente humana y cristiana, de la vocación divina del ser humano. San Ignacio de Antioquía afirmó:

«Nada de todo eso os está oculto, si vosotros, por Jesucristo, tenéis a la perfección la fe y la caridad, que son el principio y el fin de la vida: "el principio es la fe, y el fin la caridad" (cf. 1Tim 5). Las dos reunidas, son Dios, y todo lo demás que conduce a la santidad no hace más que seguirlas. 2. Nadie, si profesa la fe, peca; nadie, si posee la caridad, aborrece. "Se conoce el árbol por sus frutos" (Mt 12, 33): así aquellos que hacen profesión de ser de Cristo se reconocerán por sus obras. Porque ahora la obra demandada no es la mera profesión de fe, sino el mantenernos hasta el fin en la fuerza de la fe. (Carta a los Efesios, XIV)

El santo obispo evocaba, sin duda alguna, lo que el Apóstol escribía «a Timoteo, verdadero hijo en la fe».

Al salir para Macedonia, te encargué que permanecieras en Éfeso; tenías que transmitir a algunos la orden de que no enseñaran doctrinas diferentes ni se ocuparan de fábulas y de genealogías interminables, cosas que llevan más a disquisiciones que a la realización del plan de Dios de acuerdo con la fe. Esta orden tiene por objeto el amor que brota de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera. Algunos se han desviado de estas cosas y se han vuelto a una vana palabrería; pretenden ser maestros de la ley, cuando no saben lo que dicen ni entienden lo que tan rotundamente afirman. (1Tim 1, 3-7)

El concilio Vaticano II, por su parte, sólo en el nuevo Adán se esclarece el misterio del hombre, la sublimidad de su vocación, que nosotros estamos llamados a vivir y servir en nuestra condición de miembros de un Instituto Secular.

En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona.

El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de

hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado. (GS 22)

San Pablo, en la carta a los Romanos, enseña que los creyentes estamos destinados por Dios a reproducir la imagen de su Hijo.

Por otra parte, sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien; a los cuales ha llamado conforme a su designio. Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó. (Rom 8, 28-30)

El Concilio, por otra parte, recordó: «El que sigue a Cristo, Hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre». (GS 41).

Ante estas afirmaciones conciliares, surge una pregunta: ¿Vivió Jesús, el Cristo, la fe en su condición de Hombre perfecto? Sabemos que el seguimiento de Jesús incluye la fe en él, pero ¿puede hablarse de seguir a Jesús en su fe?

Los evangelios no hablan explícitamente de la fe de Jesús de Nazaret, pues releen su vida y misión a la luz del misterio pascual, esto es de su muerte y glorificación. Siguiendo los otros escritos apostólicos hay expresiones que hablan de la fe de Cristo, que pueden ser interpretados como la fe en Jesús o como la fe de Jesús. No voy a entrar en los debates lingüísticos y teológicos; pero me parece importante detenernos a meditar en las cuestiones, que acabo de evocar, y en sus consecuencias, para una vivencia de la fe tras las huellas del Hombre perfecto.

Para poner las bases de la meditación, recuerdo algunos textos de la palabra de Dios, en que se presenta a Jesús nacido de mujer, nacido bajo la ley, en todo semejante a nosotros menos en el pecado. Su inteligencia, su voluntad y su amor eran los propios de nuestra condición humana. Conviene tenerlo siempre presente.

Los evangelios y demás escritos del Nuevo Testamento hablan frecuentemente de la obediencia del Verbo encarnado. Él, en efecto, no retuvo ávidamente su condición divina, se hizo obediente hasta morir en la cruz. «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra». Entre gritos y lágrimas aprendió la obediencia, aun siendo Hijo. Hizo la experiencia del abandono del Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Pero también se confió al Padre: «Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Ante todo, quiero resaltar una afirmación de la carta a los Hebreos. Después de hacer el elogio de los antepasados justos del Antiguo Testamento, que avanzaron en la fe, presenta a Jesús como el pionero y consumidor de la fe.

En consecuencia: teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. (Hb 12, 1-3)

El autor sagrado había hablado antes del sacerdocio existencial de Jesús, de su solidaridad con los hombres, sus hermanos (cf. Hb 2, 5-13), de su obediencia filial: «Aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec». (Hb 5, 8-10) Jesús fue en todo probado menos en el pecado (cf. Hb

4, 14-16), vivió realmente la condición humana, pero venció las pruebas, y llevó a plenitud la condición humana. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, sin pecado. Y envió a su Hijo en una carne semejante a la del pecado, para liberarnos para la libertad, para que caminemos en el Espíritu y produzcamos el fruto del Espíritu (cf. Gal 5, 1-25).

Para avanzar en nuestra meditación y contemplación, necesitamos superar el simplismo con el que a veces se representa la fe, tanto desde un punto de vista antropológico como religioso. Por ello presento tres puntos para nuestra reflexión y contemplación: la fe desde un punto de vista antropológico, la fe Jesús en cuanto el pionero y consumidor de la fe, y, en tercer lugar, las consecuencias para una vivencia de la secularidad consagrada.

Pablo VI recordó de manera magistral que «la fe» es lo más humano que hay. Y uno se pregunta, ¿podría faltar en el Hombre perfecto, Jesucristo, lo más humano? Escuchemos a Pablo VI, hablando del desarrollo integral, del paso de condiciones menos humanas a más humanas:

Menos humanas: Las carencias materiales de los que están privados del mínimo vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras que provienen del abuso del tener o del abuso del poder, de las explotaciones de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza (cf. Mt 5, 3), la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos, y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad de la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida de Dios vivo, Padre de todos los hombres. (PP 21)

I.- ANTROPOLOGÍA DE LA FE

Antes de referirme a la fe como «virtud teologal», esto es, como don que el Señor infunde en nosotros por gracia, recuerdo cómo la fe en los otros y en uno mismo configura al ser humano. *La fe es una dimensión constitutiva de la condición humana*. Creer, fiarse, confiar... y un largo etc. marca la existencia personal, es un verdadero «existencial». Más allá del contenido religioso y bíblico, la fe hace posible el encuentro con el otro y con el mundo natural, científico y cultural que nos rodea.

Si no confiase en el médico, no me pondría en sus manos ni seguiría sus consejos que superan mis propios conocimientos. En las cosas más insignificantes estoy obligado de fiarme de los demás. El «yo» no puede desarrollarse si no confía en el «tú» y en el «nosotros». Reflexionemos sobre un hecho muy sencillo. Llego a un barrio desconocido y ando perdido, lo primero que hago es preguntar a alguien que, a mi juicio, puede dar respuesta a mi necesidad (dejo ahora de lado la fe en las máquinas). Saludo y pregunto: «Por favor, buscó tal calle o familia, ¿la conoce? ¿puede indicarme cómo llegar?». En esta simple pregunta hay unas dimensiones importantes del acto subjetivo de la fe.

Por una parte, está el acto de sencillez y humildad que me lleva a reconocer que necesito del otro. El «yo» necesita del «tú». Mi saludo expresa el reconocimiento de la dignidad del otro. Mi manera de dirigirme a él es la propia del «vocativo», esto es, la propia de la

«oración», de la «súplica», espero que el otro pueda y quiera venir en mi ayuda. Y termino agradeciendo la atención que me ha prestado. La acción de gracias.

En la fe reconozco mi indigencia y, al mismo tiempo pido que el saber del otro, se ponga a mi servicio. No lo hago desde el dictado y el mando, sino desde el vocativo, que forma parte de la relación constitutiva de la persona como ser relacional. Sin la fe en el otro, la relación se quiebra y la realización de la persona se resquebraja. La relación «yo» «tú», deriva pronto en una simple relación burocrática o dictatorial.

La fe en el «otro», por tanto, se presenta como algo profundamente humano. Cuando se pierde la fe en el otro, la sociedad y el mismo ser personal se hallan amenazados. Y esto sucede en todos los niveles de la existencia. Todos necesitamos que los otros tengan fe en nosotros y los otros necesitan que tengamos fe en ellos.

El acto de fe presupone reconocer al otro como alguien fiel, dispuesto a ayudarme y capaz de hacerlo. La fe tiene un profundo trasfondo de humildad, para reconocer que necesito del otro. La oración del vocativo es pobre y humilde. El autosuficiente tiende a dar ordenes y a servirse de los demás. *El ser humano auténtico vive en la fe y de la fe.* Esto quiere decir que la fe es la expresión de la condición humana: *es humana y humaniza.* El ruego y la oración natural forman parte de la condición humana, de la existencia diaria.

Veamos otro hecho de más hondura. El niño, débil y dependiente, se convierte de forma progresiva en una persona de fe. La experiencia de ser amado por sus padres, le da seguridad, se siente a resguardo en sus brazos. Porque se siente protegido y descansa sin sobresalto. Porque ha hecho la experiencia de ser amado, se fía de sus padres y vive seguro en sus brazos y compañía. La experiencia de ser amado se halla en el inicio y fundamento de la fe, que le permitirá crecer en libertad y adquirir su autonomía. La fe del niño tiene su origen y fundamento en el amor del «tú» adulto. El futuro del «yo» de la persona equilibrada depende en gran medida de quienes han creído en él, de los que lo han amado con un amor fiel y gratuito.

El profeta Oseas evoca con dolor cómo el pueblo de Israel no se ha comportado como un verdadero niño con Dios. Pero, como lo recuerda la historia de la salvación, la incredulidad y apostasía de Israel no harán más que ensalzar la fidelidad de Dios.

Quando Israel era joven lo amé y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí: sacrificaban a los baales, ofrecían incienso a los ídolos. Pero era yo quien había criado a Efraín, tomándolo en mis brazos; y *no reconocieron que yo los cuidaba.* Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer. Volverán a la tierra de Egipto, Asiria será su rey, ya que rehusaron convertirse. Se abatirá la espada sobre sus ciudades, aniquilará sus defensas, los devorará por culpa de sus decisiones. Mi pueblo está sujeto a su apostasía. También claman hacia lo alto pero el ídolo no puede salvarlos. ¿Cómo podría abandonarte, Efraín, entregarte, Israel? ¿Podría entregarte, como a Admá, tratarte como a Seboyín? Mi corazón está perturbado, se conmueven mis entrañas. No actuaré en el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque yo soy Dios, y no hombre; santo en medio de vosotros, y no me dejo llevar por la ira. (Os 11, 1-9)

La fe religiosa tiene como finalidad establecer y vivir la relación justa del ser humano con Dios. Una relación que quedó quebrada por el pecado de autosuficiencia del hombre frente a Dios. «Seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal» (Gen 3, 5) He aquí la mentira del tentador y de cuantos se fían de él. Conviene notarlo. El pecado, en última

instancia, es fiarse de la palabra del tentador, en lugar de fiarse del que es la fuente de la vida, de nuestra existencia. El apóstol Pablo insiste reiteradamente que hemos sido salvados por gracia mediante la fe. *La fe brota así de la fidelidad de Dios y en ella se apoya.* El nos introduce en la verdad de nuestra condición humana. *La fe es lo más humano que hay.* Pasemos ahora a la segunda parte de la meditación.

II.- JESUCRISTO EL HOMBRE PERFECTO EN LA FE

«El Verbo se hizo carne y puso su tienda entre nosotros». (Jn 1, 14) Dios envió «a su Hijo en semejanza de carne de pecado» (Rom 8, 3) Él es el nuevo Adán, el Hombre perfecto. A excepción del pecado, el Hijo amado fue en todo semejante a nosotros. No fue un dios disfrazado de hombre, como narran los mitos. Fue enviado en la carne, para ser el pionero y el consumidor de la fe, esto es para iniciar el camino de la fe verdadera y llevarla a su consumación. Por ello debemos avanzar «fijos los ojos en el que inició y completa (iniciador y consumidor) nuestra fe» (Hb 12, 1ss).

En el capítulo once, el autor de la carta a los Hebreos, realiza una síntesis genial de los rasgos de la fe vivida por las figuras más destacadas del pueblo de antigua alianza. El texto se inicia con esta afirmación: «La fe es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve». Y un poco más adelante enseña que «sin fe es imposible complacerlo (a Dios)». Es por «la fe» que son recordados los antiguos «siervos» de Dios.

Los escritos del Nuevo Testamento no son escritos de psicología religiosa. Juan expresa la finalidad de su evangelio en estos términos: «para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (Jn 20, 31). Pablo no quería saber, sino a Jesucristo y este crucificado, para suscitar la obediencia de la fe (cf. 1Cor 2, 1-5; Rom 1, 1-7). Los Hechos de los apóstoles se cierran con estos dos versículos tan significativos: «Permaneció (Pablo) allí un bienio completo en una casa alquilada, recibiendo a todos los que acudían a verlo, predicándoles el reino de Dios y enseñando lo que se refiere al Señor Jesucristo con toda libertad, sin estorbos». (Hch 28, 30-31)

En este punto de nuestra meditación, no obstante, queremos ver cómo Jesús llevó a su consumación la fe como pionero de la misma¹. El autor de la carta a los Hebreos nos invita a hacerlo con estas palabras. «Por tanto, hermanos santos, vosotros que compartí una vocación celeste, considerad al apóstol y sumo que profesamos: a Jesús, fiel al que lo nombró, como lo fue Moisés en toda la familia de Dios... Cristo, como Hijo, está al frente de la familia de Dios; y esa familia somos nosotros, con tal que mantengamos firme la seguridad y la gloria de la esperanza». (Hb 3, 1-6)

En un primer momento vamos a recorrer alguna de las afirmaciones del genial resumen que el autor de la carta a los Hebreos de los antiguos recordados por su fe. Por ella sabemos que «lo visible procede de lo invisible» (v. 3). La fe da un conocimiento que ninguna ciencia ni filosofía puede darnos. Por la fe, Abel «ofreció un sacrificio mejor que

¹ En Gal 2, 16.20; 3, 22; Rom 3, 22.26; Flp 3, 9... etc., el griego utiliza el genitivo: «la fe de Jesucristo». Traducirlo por «la fe en Jesucristo» expresa uno de los posibles sentidos; pero entonces se dejan de lado otros sentidos posibles, como son la fe que tiene a Jesucristo como fuente y origen de ella (genitivo de origen); y otra posibilidad, la fe que tiene como sujeto a Jesucristo (genitivo subjetivo). Jesús confía plenamente en su Padre y se entrega incondicionalmente a fin de llevar a cabo la obra de salvación, para la que fue enviado.

Caín» y Dios «lo acreditó como justo» (v. 4) Por la fe Henoc complació a Dios y fue arrebatado sin pasar por la muerte: «el que se acerca a Dios debe creer que existe y que recompensa a quienes lo buscan» (v. 5-6) «Por la fe, advertido Noé de lo que aún no se veía... condenó al mundo y heredó la justicia que viene de la fe». (v. 7)

Luego el autor centra su reflexión en el padre de los creyentes. «*Por la fe obedeció* Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber adónde iba». «Vivió como extranjero en tierra prometida, habitando en tiendas». Abrahán vivió de la promesa, «porque consideró fiel al que se lo prometía». La fe subjetiva tiene su principio y fundamento en la palabra de la promesa. Murieron sin ver las promesas cumplidas, ansiando una patria mejor, la del cielo, la ciudad preparada por el mismo Dios. En la noche oscura de la fe «ofreció a su hijo único, el destinatario de la promesa... Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder para resucitar de entre los muertos, de donde en cierto sentido recobró a Isaac». (vv. 8-19)

«Por fe, José, al final de la vida, evocó el éxodo de los israelitas y dio órdenes acerca de sus huesos». (v. 22) La fe *proyecta* hacia el futuro, pone en camino.

Por la fe fue salvado Moisés de las aguas, *optó por su pueblo*, «estimando que la afrenta de Cristo valía más que los tesoros de Egipto... Por fe abandonó Egipto sin temer la cólera del rey, y se apoyó en el invisible como si lo viera». *La fe pone en camino y obliga a tomar decisiones arriesgadas*. Hace ver lo que no es visible para los ojos de lo razonable según el mundo. La celebración de la Pascua, la travesía del mar Rojo, la liberación y la alianza todo arranca de la palabra de la fe, acogida en la obediencia (vv. 23-29)

Luego el autor de la carta, pasa a narrar la fecundidad y las obras de los demás siervos del Señor que caminaron en la fe. La salvación es obra de Dios, de su palabra recibida con fe, es decir, entregándose a ella. *Una entrega que en muchos casos va hasta el don de la propia vida, aun siendo débiles*. Pero, el autor constata al final de su meditación: «el mundo no era digno de ellos» (v. 38).

Después de todo lo que ha relatado, el autor recuerda que todo lo que ha dicho no es más que figura de lo que se ha realizado en Jesucristo, *el pionero y consumidor de la fe*. La salvación y liberación nos han llegado definitivamente por él.

Y todos estos, aun acreditados por su fe, no consiguieron lo prometido, porque Dios tenía preparado algo mejor a favor nuestro, para que ellos no llegaran sin nosotros a la perfección. En consecuencia: teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, *fijos los ojos* en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. (Hb 11, 39-12, 2)

Pues bien, todas estas perspectivas y dimensiones de la fe, tal como fueron vividas por los siervos de Dios, *adquieren su plena realidad en Jesucristo*. Todos ellos eran figuras y sombras de la realidad cumplida en él. Todo lo que vivieron los siervos del Señor en el pasado, *alcanzó su consumación en el Hijo enviado en la condición de Siervo*. Cuando esto se olvida, Jesús queda reducido a un simple profeta, modelo o referente ético y religioso.

La vida de Jesús fue un acto permanente de obediencia. De ella hizo su alimento. En todo buscó agradar al que lo había enviado, para dar vida al mundo. Su existencia terrena se

inicia con un profundo acto de obediencia y culmina con la obediencia hasta morir en cruz, entre las manos del Padre.

Por eso, al entrar él en el mundo dice: *Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo —pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí— para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad.* Primero dice: *Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias*, que se ofrecen según la ley. Después añade: *He aquí que vengo para hacer tu voluntad.* Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre. (Hb 10, 5-10)

Esta obediencia de Jesús pasó por noches oscuras, aprendió la obediencia entre gritos y lágrimas. Así se revelaba la fidelidad del Hijo del hombre al Dios fiel, al Padre fiel. ¡Se hizo obediente! Toda su vida fue un acto de obediencia. Su perseverancia fue inquebrantable, tanto cuando era aceptado, como cuando fue rechazado.

Nunca anunció su muerte sin su resurrección. Él ponía toda su confianza en la palabra que permanece y no vuelve a Dios sin producir el fruto deseado, como anunció el profeta Isaías. *Enraizado plenamente en el amor del Padre*, como el niño pequeño, su docilidad y disponibilidad fue total, para llevar a cabo la hora del Padre, que tuvo que ir descubriendo en el camino. Él mismo dijo a sus discípulos refiriéndose al día de la venida del Hijo del hombre: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. En cuanto al día y la hora, nadie la conoce, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, solo el Padre». (Mc 13, 31-32) Jesús estaba convencido de la meta, pero el camino tuvo que vivirlo en discernimiento. La meta: «Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo». (Jn 14, 28). Su Padre es también nuestra patria. Es la realidad.

Jesús, no sin turbación, vivió su existencia y misión como *un éxodo permanente* a través del desierto. Un éxodo que culminó en Jerusalén. En la transfiguración, con Moisés y Elías «hablaban de su éxodo, que él iba a consumir en Jerusalén». (Lc 9, 31) *Un éxodo hacia el Padre, pero pasando por los últimos, a fin de abrir el camino a los pueblos para que todo el que aceptase la invitación participase en el banquete del reino de Dios.*

Como Israel en el desierto fue tentado; pero venció la tentación, viviendo de la palabra de Dios, de la totalidad de las Escrituras. Cuando se completaron los días e iba a ser llevado de este mundo, tomó la resolución de ir a Jerusalén (cf. Lc 9, 51). *La fe comporta la decisión de permanecer firme en el camino marcado por el Padre a través de los acontecimientos y mediaciones.*

Jesús vivió una confianza total en el Padre, de ahí su serenidad, libertad y dominio de él mismo. Él vivió la dimensión de la fe que el profeta Isaías explicito en estos términos: «Conserva la calma, no temas y que tu corazón no desfallezca... Si no creéis no subsistiréis (no comprenderéis)» (Is 7, 1-17) Permanecer firmes en la palabra es propio de la fe.

El éxodo de Jesús está animado desde dentro por *un deseo ardiente* de celebrar su Pascua con los Doce. El mismo evangelio de Lucas, lo expresa con vehemencia. «Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: “Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios». (Lc 22, 14-15) Ahora bien este deseo ardiente de llevar a cabo la hora del Padre, en modo alguno descarta la turbación, la angustia y la lucha hasta sudar sangre. Jesús mantuvo siempre un combate con su propia carne, pues es

propio del ser humano vivir una cierta contradicción. *La obediencia y fidelidad, la decisión incondicional de Jesús a fin de llevar a cabo la obra del que lo envió, su perseverancia inquebrantable, su disponibilidad absoluta, aun sin conocer la hora del Padre, fue una realidad vivida de forma dramática.* Tal es el camino del Hombre perfecto, del nuevo Adán que viene a clarificar nuestras vidas y mostrarnos el camino seguido por el pionero y consumidor de la fe, que siempre está dirigida a Dios, el Padre, la fuente que mana y corre aunque es de noche. *Jesús reenvía siempre al Padre.* Cuando lo llaman «Maestro bueno», Jesús responde: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios» (Lc 18, 19)

La oración de Jesús se caracteriza, sin duda alguna, por un acto de confianza filial. Él se sabe escuchado en todo momento. Baste citar cómo se expresa ante la tumba de su amigo Lázaro a quien amaba: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». (Jn 11, 41-43) Esto no obsta para que en ocasiones fuera entre gritos y lágrimas, como afirma la carta a los Hebreos, invitándonos a fijar nuestros ojos en la oración de Jesús en Getsemaní. Jesús tiene plena conciencia de ser enviado al mundo, para conducirlo al Padre. Su firmeza y libertad está en afirmar al Padre.

Bueno, así podríamos recorrer otras dimensiones de la fe, que los escritos apostólicos han puesto de manifiesto en la vida de Jesús de Nazaret. Pero, llegados a este punto, surge una cuestión importante, que no siempre se tiene bastante en cuenta. ¿Cómo aprendió Jesús aprendido a vivir de la totalidad de la palabra de Dios? Ciertamente, en el momento del bautismo, el Espíritu descendió sobre él y la voz del cielo proclamó su identidad filial. Su experiencia del Padre es única, pero no siempre se tiene en cuenta los años pasados en Nazaret, frecuentando los sábados la sinagoga según su costumbre, como indica san Lucas.

La lectura, canto y reflexión de la Ley, los profetas, los salmos resonaban semana tras semana en los oídos y corazón del Nazareno. La historia del Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, Dios de vivos y no de muertos, como el propio Jesús afirma, forjó su existencia y voluntad humana. En las tentaciones, Jesús respondió al tentador con las Escrituras: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». «También está escrito: “no tentarás al Señor tu Dios”». «Porque está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto”». *El Hijo del hombre, el verdadero Adán, inicia y consume la fe, en la perspectiva bíblica.*

III.- CONSECUENCIAS PARA VIVIR LA FE EN LA SECULARIDAD CONSAGRADA

En la oración y contemplación, el Espíritu del Señor nos va conduciendo a la verdad plena, dándonos luces nuevas y fuerzas para cultivar la vocación y misión que se nos ha confiado. De lo meditado y contemplado en los puntos anteriores, saquemos algunas consecuencias para una vivencia de la fe en la consagración secular o de la secularidad consagrada.

Estamos llamados a vivir la fe, ante todo, como *un verdadero don de Dios*, en la acción de gracias y con una profunda humildad. «La obra de Dios es esta; que creáis en el que él ha enviado» (Jn 6, 29). «Nadie puede venir a mí, dice Jesús, si no lo atrae el Padre que me ha enviado». (Jn 6, 44)

«*Corramos, con constancia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús*». El que quiere correr debe dejar de mirarse a sí mismo. Y si queremos correr con los ojos fijos en

el Señor es preciso trascender los criterios nuestras culturas y de una cierta religiosidad. La meta hacia la que corremos es la misma hacia la que Jesús corría en la tierra: el Padre. Esto quiere decir, por una parte, que nuestra vida se logra o malogra en el seguimiento del pionero y consumidor de nuestra fe. El que busca prestigio, bienestar, poder, auto-realización... etc. es evidente que no corre, con constancia, con los ojos puestos en Jesús. ¡Al servicio del mundo, pero sin ser mundanos! ¡Aprendamos a trascender la cultura, incluida nuestra cultura religiosa!

La serenidad y la calma o, si se quiere la «sangre fría», el dominio de uno mismo, es lo propio de quien cree en la fidelidad de Dios. ¡Fiel es Dios, el cual nos llamó a la comunión con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor! (1Cor 1, 9) La fe brota de la fidelidad de nuestro Dios. Por ello el que se apoya en Dios atraviesa los éxitos y los fracasos, las alegrías y las penas de este mundo, sabiendo que la potencia del reino de Dios ya está actuando. El cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios permanece para siempre. El creyente no está vuelto hacia el pasado, sino hacia el futuro que está viniendo a nuestro encuentro.

Nuestro compromiso a favor del mundo brota de la fe en la fidelidad de Dios. La fe cree que el Señor hace un cielo nuevo y una tierra nueva. La vivencia de la secularidad consagrada comporta dar testimonio del Dios de la esperanza y consuelo, que cumple su palabra sin tardar. Él recapitula todas las cosas de cielo y tierra en su Hijo glorificado.

Otra consecuencia importante. Quien pone los ojos en Jesús, *aprende a vivir de acuerdo con la totalidad de las Escrituras*, como él lo hiciera. Esto supone vivir la existencia cotidiana desde la paradoja divina, que tanto desconcierta a la razón mundana. ¡El Señor nos enriquece con su pobreza! ¡Del sepulcro brota la vida! ¡En la hora de las tinieblas acontece la hora del Padre! ¡La justicia de Dios se revela en la injusticia de los viñadores que rechazaron a su Hijo! ¡El trigo y la cizaña crecerán juntos hasta el final de los tiempos! Los hijos del reino triunfarán sobre los hijos del maligno.

El que tiene los ojos fijos en el pionero y consumidor de la fe, *aprende a caminar viendo lo invisible en lo visible*. «Por la fe sabemos que el universo fue configurado por la palabra de Dios, de manera que lo visible procede de lo invisible». En los acontecimientos de la historia, más allá de las apariencias, el creyente ve al que la conduce. En la historia secular ve y discierne la presencia y acción del Señor. En el corazón de las culturas, pueblos y personas descubre la presencia del Espíritu, que nos precede, acompaña y prosigue como colaboradores suyos. Aquí radica el sentido de un verdadero discernimiento en el Espíritu de la verdad, libertad y comunión.

Una última consecuencia, sin menoscabo que pueda volver en otra meditación sobre la fe que Dios infunde en nuestros corazones: El que avanza con los ojos puestos en el pionero de la fe, confiará en los hermanos y hermanas que Dios le ha dado mientras va de camino. Nuestra relación con el mundo no puede ser de desconfianza, mucho menos en el seno de comunidades eclesiales. Jesús arriesgó poniendo su confianza en Pedro y Judas, en María Magdalena y Saulo. No se trata de ser ingenuo, sino de creer: «nada hay imposible para Dios». Si él puede hacer de mí un santo, también lo puede hacer de los que encuentro en el camino. Confiar en el ser humano es poner su fe en la fidelidad de Dios.

Al término de esta meditación, digamos al Señor con los apóstoles: «Auméntanos la fe». «Los apóstoles le dijeron al Señor: «Auméntanos la fe». El Señor dijo: «Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a esa morera: “Arráncate de raíz y plántate en el mar”, y os obedecería». (Lc 17, 5-6)